

Triángulo retórico

EL PAÍS
DE LAS
MARAVILLAS
MARIO
MORALES



Una proyectitis absurda, con la que los de ruana demuestran, cada vez que quieren, que están por encima de la ley. Eso sí, con una advertencia más absurda todavía: que el susodicho proyecto tenga la propia rúbrica y, de paso, la propia interpretación, es decir, que quede hecha a la medida de la impunidad de propios y cercanos.

La estruendosa derrota de las objeciones a la JEP, lo que quedó de la consulta anticonrupción, las reformas política y judicial, las dudas recurrentes sobre la presunta implementación de los acuerdos de paz y la falta de voluntad estatal frente al genocidio actual son algunos ejemplos de la inoperancia del Ejecutivo en rebatiña con el cada vez más desprestigiado órgano Legislativo.

Pero lo que más preocupa es la actitud presidencial y su desentendimiento, aparte de

los ya mencionados pronunciamientos, frente a la crítica situación de orden público o la administración de justicia. ¿O las obsesiones abstractas de Duque son asunto de doble agenda o de prioridades para el país de sus sueños?

Esa dislocación contextual se hace evidente por la ausencia de sentido del tiempo. Al cabo de un año sigue hablando en futuro pluscuamperfecto.

No solo en su gabinete el presidente necesita cambios profundos, también en su forma de ejecutar para luego comunicar. Y en ese orden. No al revés, como le hicieron creer en campaña.

Pero que, sobre todo, deje ese estado químicamente puro que le atribuye Uribe, ya es hora que se unte de país.

@marioemoraless y www.mariomoraless.info

Alertas tardías

RABO DE AJÍ
PASCUAL
GAVIRIA



ENTRE 2005 Y 2006 SE DESMOVILIZARON en Córdoba y Antioquia el Bloque Minero y el Frente Bajo Cauca del Bloque Central Bolívar. Cerca de 3.200 hombres y mujeres dejaron las armas en cumplimiento de los acuerdos firmados entre Gobierno y Auc en Santa Fe de Ralito. Sin embargo, la lógica criminal no cambió, se movieron algunos liderazgos ilegales, mudaron algunos nombres, se agregaron o se borrraron letras a los brazaletes. Los desplazamientos forzados luego de la desmovilización muestran que las amenazas contra los civiles nunca cesaron.

Según la Unidad de Víctimas, entre 2004 y 2006 más de 13.000 personas fueron desplazadas en los seis municipios del Bajo Cauca Antioqueño. La consolidación de los herederos de los paras hizo que entre 2008 y 2011 la cifra de desplazados llegara a 29.000 personas. Para no hablar solo de Antioquia, vale mencionar lo que pasó en un municipio como Tierralta, que acaba de entregar una pavorosa escena de violencia. En 2010 se reseñaba la existencia de un barrio llamado La Invasión, donde se habían asentado cerca de 3.000 familias conformadas por desplazados y desmovilizados. Los habitantes de los municipios de esa zona limítrofe entre Antioquia y Córdoba han vivido en una especie de gira obligada que los lleva de las veredas a los cascos urbanos, de un municipio a otro, o de los pueblos a las capitales de los departamentos.

Durante el último año y medio el ciclo se ha repetido con renovada intensidad. Medellín ha sido refugio de una buena parte de las familias expulsadas. Entre enero y noviembre del año pasado, la Alcaldía atendió a 5.200 personas llegadas desde municipios del Bajo Cauca. Entre enero y marzo de este año, ya habían aterrizado en la ciudad 1.500 personas para buscar una pieza donde sus familiares, un refugio oficial o unos metros en las laderas. Pero Medellín al menos tiene posibilidades de atender a los recién llegados. Quienes llegan a Cauca, centro económico de la región, tienen menos suerte. Las palabras del alcalde Óscar Aníbal Suárez pidiendo auxilio al gobierno departamental y central describen bien la situación: "Tengo en este momento 20.000 personas desplazadas registradas en el censo. Cauca es el municipio receptor del desplazamiento de las comunidades vecinas. Tengo un sector de invasión donde hay más de 15.000 personas viviendo". Más del 25% del total de desplazados en el país el año pasado salieron de los 11 municipios que comparten sus límites entre el Bajo Cauca antioqueño y el sur de Córdoba.

Mientras tanto, confiar en la autoridades se ha vuelto cada vez más difícil. El Gobierno Nacional no cumple los compromisos para la sustitución de cultivos y a cambio promete fumigaciones como las que llevaron al paro de más de 4.500 campesinos en 2008. La Alerta Temprana de la Defensoría para el sur de Córdoba del 25 de noviembre del año pasado solo produjo noticias menores. El enredo militar es mayúsculo: el nuevo frente 18 de las disidencias de las Farc se alió con los Caparrapos para golpear al Clan del Golfo. La ofensiva logró afectar a la gente de Otoniel, quien decidió enviar "fuerzas especiales" desde Urabá. Pero el Ejército no parece preocupado. Antes de la desmovilización de las Farc operaban en la zona la Brigada 11, las brigadas Móviles 16 y 24 y la Fuerza Contundente de Acción Decisiva (FUCAD). Ahora solo hace presencia la Brigada 11. Por parte de la Policía la noticia es que hace un mes fue capturado el excomandante en Cauca y el jefe del modelo de cuadrantes en Antioquia por concierto para delinquir. Pero el Gobierno sigue pensando que la fórmula mágica caerá del cielo.

Thumor



Una idea crucial

ANDRÉS
HOYOS



EL HATO GANADERO COLOMBIANO se aproxima a los 24 millones de cabezas y el área dedicada a él son 374 millones de hectáreas, más del 30% de la superficie del país, pese a que el sector representa apenas el 1,4% del PIB. Las cuentas derivadas son sencillas. Hoy la finca colombiana ganadera promedio contiene menos de una res por hectárea. En apretada síntesis: baja explotación de inmensas extensiones y baja productividad. Buen negocio para algunos, mal negocio para todos.

Estas son las cifras colosales de una maldición histórica que hoy me voy a saltar. ¿Por qué? Porque en la última década ha surgido una idea, o conjunto de ideas, que podrían revolucionar esta industria necesaria. Con una tecnología archiconocida, la densidad podría pasar a tres y hasta cinco cabezas por hectárea. Al aproximarse a la cifra de tres, los mismos 24 millones de cabezas cabrían en ocho millones de hectáreas. Claro, sería factible lanzar un esquema exportador formidable, pero aún

sin él es posible liberar 29,4 millones de hectáreas. Digamos que si la mitad se usa en agricultura moderna, se podrían reforestar al mismo tiempo 15 millones de hectáreas, un área difícil de imaginar. Permítanme ser grandilocuente: con una reforestación de ese tamaño, Colombia habrá más que cumplido con sus cometidos ambientales para los próximos 50 años, haga fracking o no lo haga.

El nombre del método, con el que tendremos que irnos familiarizando, es ganadería silvopastoril. ¿En qué consiste? En combinar pastos con árboles y arbustos, que sirven para alimentar el ganado, darle sombra, hacer cercas vivas, mejorar la tierra y consumir grandes cantidades de CO2. Por el camino, se favorecen también las especies silvestres dándoles un hábitat mucho más amigable que el actual. Pese a que el concepto es útil en todo el mundo, sobresale su aplicabilidad en los trópicos, donde el frío y las nieves no obligan a estabular el ganado todos los inviernos.

Leo que sería necesario invertir por ahí US\$1.000 por hectárea a lo largo de tres años, sin incluir en la ecuación los beneficios de mayor productividad, que empiezan a entrar pronto. Las cuentas del negocio se han demostrado positivas en casi todos los casos. Por una vez es una obviedad

otorgar ventajas tributarias a quienes usen de forma comprobable y medible esta tecnología. La velocidad del proceso es clave. Tan beneficiosa resulta la ganadería silvopastoril que uno se pregunta por qué va tan lento, si los beneficios están establecidos, los costos son modestos, mientras que el área disponible y lista para aplicarla es gigantesca. El dinero hoy invertido en la ganadería silvopastoril es una pequeña fracción del que eventualmente será necesario.

Urge la consolidación de un sello de calidad internacional (o varios) que, entre otras cosas, permitirían mercadear la carne y los lácteos, dentro y fuera del país, sin el estigma de ser fruto de una explotación que daña el medio ambiente, como el causado típicamente por la ganadería extensiva. Ya el Estado ha publicado los mapas oficiales de las zonas aptas para la ganadería y la leche, los cuales excluyen las áreas de montaña escarpada, donde no debería haber ganado, solo bosques.

Lo abruma a uno con la idea de que la degradación del medio ambiente es irrefrenable y progresiva. Pues bien, la ganadería silvopastoril demuestra que no hay tal. Un tema como este lo llena a uno de optimismo.

andreshoyos@elmalpensante.com